

erguía mostrando en su actitud una mezcla de ira y desdén difíciles de significar y expresar por otra mujer cualquiera que no fuese ella, en quien se juntaba con la soberbia nacida de una grande confianza en sí misma, el menosprecio irremediable por todos los demás.

— ¡Gran corazón! — exclamaba Lucano, viendo á Británico en el suelo ante aquella especie de muda estatua que se llamaba Claudio, y Agripina, mirándolo de pie, alzada y erguida por extraordinario modo al terrible golpe, como un águila que aletea desde lo alto sobre su presa cercana ya de sus garras.

— ¡Cuál temeridad — exclamó Séneca en sus reservados prudentísimos pensamientos, — cuál temeridad comete tan inexperto y cuítadísimo príncipe!

— No es mala escena — dijo Persio. — Tened la seguridad completa de que concluye pronto en tragedia.

— ¡Infeliz! ¡Se ha suicidado! — gritaba Tito.

— Claudio — se arriesgó á decir Narciso en medio de la catástrofe, — Claudio, acuérdate de Mesalina.

— Padre — decía Británico fuera de sí, — ó acaba con ella, ó acaba conmigo; los dos no podemos vivir en el mundo.

— ¡Hijo! — gritó Claudio en su dolor con una expresión indecible de ternura.

— ¿Le has llamado hijo? — preguntó Agripina con altiva majestad á Claudio.

— ¿Qué quieres que diga y qué quieres que haga? — le preguntó á su vez el emperador, extremando hasta lo último la pena que le causaba tener el corazón suspenso entre su mujer y su hijo.

— Vámonos — le dijo Agripina con imperio al esposo.

— ¿Adónde vamos? — le preguntó él como un pobre niño á quien sorprenden sus padres en cualquier acto punible.

— Adonde no penetren esos insultos dirigidos á ti, puesto que se dirigen á tu esposa, y cuya expresión audaz constituye un delito terrible de lesa majestad castigado por las leyes romanas con pena capital.

Y Agripina, después de haber fulminado esta sentencia sobre la frente de Británico, se dirigió á Claudio y se lo llevó consigo, sacándolo del salón poco menos que á empellones.



CAPÍTULO VI

AMOR SIN MATRIMONIO Y MATRIMONIO SIN AMOR

Apenas había recibido Agripina el tremendo golpe, sin perder tiempo alguno en quejas fué corriendo á sus habitaciones para defenderse á toda prisa y con toda seguridad vengarse. Dejó á Claudio recluso en su apartamento, así como á los cortesanos, unos agitadísimos, otros cavilosos, todos pasmados, en el salón; y huyendo de femeniles debilidades, no desahogó con una sola palabra el dolor de su pecho, necesario como aguijón de sus desquites. En la urgencia de que alguien le ayudara en sus planes, rápidamente concebidos por su ira, citó al consejero suyo Vitelio, y lo puso al cabo de todo cuanto maquinaba en la urdimbre de aquella tela, dentro de la cual había envuelto, con paciencia de araña, el romano Imperio.

— Ya veo — le dijo su interlocutor — que Británico ha firmado su propia sentencia de muerte hoy.

— Ha firmado la sentencia de muerte; pero no suena todavía la hora de su ejecución.

— ¡Cómo!

— Sucede algo muy grave.

— ¿Qué sucede?

— Pues ya sabes que dimos en todas nuestras conversaciones como cosa hecha el matrimonio entre Octavia y Nerón.

- ¿No hablamos de darlo, si lo deseabas tú?
- Ya sabes que murió el amante, impelido por mi mano al suicidio.
- Ya sé que murió, pues tú dispones del Olimpo y del Averno.
- Ya sabes que comunicamos el matrimonio á todos los embajadores y lo dimos hasta en nuestras conversaciones privadas como la cosa más natural del mundo.
- Sí, sí.
- Sin ese matrimonio no se puede hacer nada.
- ¡Ya lo creo!
- Claudio ha pasado por todo cuanto yo he querido.
- Como que adoptó á Nerón y le antepuso al hijo de sus entrañas.
- Pero no basta, no, con la importante adopción; algo más necesitamos.
- ¿Qué?
- Necesitamos el testamento.
- Verdad.
- Y estando soltero Nerón, sentirá escrúpulos Claudio de dejar el Imperio á un mero entonado; pero si Nerón se casa con Octavia, no sentirá escrúpulos en dejarlo á quien ya sería su hijo como el príncipe mismo en quien tantos ven al heredero del Imperio y que acaba por su codicia y por su impaciencia de señalar el divorcio á su padre y á mí el suicidio.
- Pero, muy acertado cuanto piensas, ¿por qué retardaste la boda?
- ¡Oh! No quisiera decírtelo.
- Dilo.
- Porque Nerón se resiste.
- ¿Nerón?
- Dice que la encuentra muy fea.
- Pero en los matrimonios imperiales no atiende nadie á tales consideraciones, ni en tales cosas acostumbra de modo alguno á pararse. Como no se casan los príncipes por amor, maldito si necesitan que sean hermosas sus mujeres.
- Además de fea la encuentra imbécil.
- ¿Como su padre Claudio?

- Como su padre.
- Pues mira, Claudio tiene una mezcla de tontería é intuición que, si la heredase Octavia, seguramente había de servirle para mucho en el palacio y en el Imperio.
- Ya he dicho mil veces á Nerón como no pueden alcanzarse y retenerse ciertos altos puestos en el mundo sin grandes sacrificios.
- Y el menor de todos, en verdad, es casarse con cualquier princesa de la corte, reservándose hacer luego lo que quiera y dar tras la mujer que le apetezca, cual suelen los dioses en el Olimpo y los césares en el mundo.
- Pero Nerón se resiste porque, ¡no lo creerás!, después de haber mariposeado sobre todos los árboles del amor, ahora dice que se halla cautivo en las redes tendidas por una beldad extraña.
- ¿De veras?
- Y tan de veras por desgracia.
- ¿Se ha fijado?
- Se ha fijado.
- ¿En quién?
- En una sierva.
- ¡Oh, dioses!
- ¿En una sierva griega?
- No, en una sierva llegada del Asia.
- Estas mujeres asiáticas dan mal de ojo.
- Lo mismo creo yo.
- La mejor adolece de alguna hechicería.
- Lo mismo digo yo.
- Y levantan figura.
- Y leen horóscopos.
- Y dan bebedizos.
- Y hechizan.
- ¿De modo que Nerón está hechizado?
- Completamente.
- Pues no hay más remedio que sacarle del cuerpo la hechicería.
- Y ¿cómo?
- De manera muy sencilla.
- Dila.

— Comunicándole inmediatamente la orden imperiosísima tuya de casarse con Octavia.

— Se la he comunicado.

— ¿Y se ha resistido?

— Seguramente.

— Parece imposible.

— Como te lo digo.

— No lo creería.

— He notado en él alguna vez resistencias á mi voluntad.

— ¡Cosa increíble!

— Así no me hallo segura por completo de que mañana en la cumbre del poder obedezca mis mandatos como los ha obedecido en la sumisión propia de la infancia.

— ¿Eso recelas?

— Y tanto lo recelo que, si las costumbres no fueran por doquier poderosas y en la ciudad nuestra omnipotentes, yo hubiese aspirado á imperar sobre los romanos con imperio directo y personal como un emperador verdadero. Pero el tiempo de las Amazonas está muy lejos y Aquiles en sus combates las venció para siempre. Jamás el Imperio romano me consentiría, jamás, á mí lo consentido en Egipto á Cleopatra y á Semíramis en la vieja Caldea. Si quiero imperar hoy, tengo que valerme de Claudio; y si quiero imperar mañana, tengo que valerme de Nerón.

— Justo; nunca Roma consentiría una emperatriz directa, no obstante haber Livia imperado sobre ella por medio de Augusto y Mesalina, como también tú por medio de Claudio.

— Si eso pudiera suceder, no me tendrías hoy tan desasosegada é inquieta.

— Veo que no las tienes todas contigo desde la resistencia del hijo al casamiento con Octavia.

— Lo confieso. Has adivinado el interior más íntimo y más secreto de mi alma. Empiezo á inquietarme ante Nerón.

— Quita de tu alma tales infundados recelos.

— ¿No recuerdas cómo los agüeros me han presagiado la muerte á mí por ese propio hijo infligida, por ese hijo, á quien dí ayer la existencia con mi amor y á quien hoy preparo con sus derechos el Imperio?

— Agorerías, Agripina, engañosas agorerías.

— ¡Quién sabe!...

— Yo, conocedor de tu Nerón, lo sé. Únicamente podría desviarse de ti al amor del gobierno y del imperio; pero, víctima y juguete de todos los placeres, te agradecerá mucho la carga en tus hombros y la descarga de sus hombros del sumo cuidado que pide y del grandísimo estudio que necesita una corona imperial.

— No participo de tu sentir. Ahora se anegará en el placer y desdeñará por tal motivo la política. Pero en cuanto vengan ciertos embotes del sentido y cierto deseo de nuevas emociones, aspirará el cuidado al Imperio; y entonces, ¡ay de los dos!

— No des entrada, te lo ruego, en el pecho á tales aprensiones.

— Así me ha indignado tanto la estólida brutalidad que acaba de cometer Británico.

— Grande ha sido.

— Tito y Narciso, á porfía, se las echan de avisados; y parécenme bien torpes, no disuadiéndole de tal cara puerilidad.

— ¡Ya lo creo!

— Si un poco más ejercitaran el sondeo de la conciencia humana, verían que yo necesitaré siempre de Británico para contrastar á Nerón y de Nerón para contrastar á Británico.

— Agripina, cuanto más habla uno contigo, más encuentra en las sendas conversaciones algunos repliegues del alma y abismos de la pasión poco sospechados y entrevistados antes.

— ¡No querer casarse con Octavia, cuando tal casamiento aparece á todas luces como único medio de captar con seguridad á Claudio y arrancarle con fortuna el prometido testamento!

— Pero ¿qué magia y hechizo tiene tal mujer?

— Ya te dije que magia y hechizos de Asia.

— ¿Cómo se llama?

— Pues Acté.

— ¡Ya se ve: á sus cortos años, en la infancia casi, la facilidad con que ha poseído todo cuanto á su alcance hallara, le ha embotado el sentimiento y se prenda con facilidad suma de lo misterioso y de lo extraño!

— Así parecen todos conjurados para minar el suelo bajo mis pies. Claudio, tan sumiso ayer, comienza hoy á forcejear y á resis-

tirse; Británico, tan pacato, se vuelve audaz; Nerón, tan obligado conmigo, quiere por sus respetos campar; Séneca, más obligado todavía que Nerón, se recluye dentro de un silencio enigmático y no muestra toda cuanta indignación debiera por las insolencias lanzadas á mi rostro; conspira Narciso alentado por el conocimiento que tiene del ánimo de mi marido, ya encabritado en contra mía; de suerte que llegándome al cuello el agua, necesito un sacudimiento extraordinario, por muy perseguida, por muy acorralada, por muy puesta en últimas extremidades, si quiero salir del abismo y evitar, primero á mí, después á Roma, un seguro naufragio en mares compuestos por lágrimas y sangre.

— Me asustas, Agripina.

— ¡Qué quieres!

— Lo ves todo sobradamente negro.

— Hazte de miel y te comerán las moscas. Entrégate á una excesiva confianza, y verás lo que llega sin tardanza y sin remedio á sucederte.

— Pero, dado que has de luchar, empieza teniendo primero en ti confianza y certeza; mejor dicho, evidencia de la victoria.

— Tengo confianza en mí, seguridad del triunfo; pero al más firme ánimo le asustan las inmolaciones y los sacrificios indispensables á la sustentación y mantenimiento de un poder como el mío sobre Roma, disputado por tantas ambiciones.

— Dispón á consumir los necesarios, pero no más.

— Yo necesito, en el punto adonde acabamos de llegar, convertirme sin piedad en árbol venenoso, cuya sombra no más acabe con quien atente, no digo á sus raíces, no digo á su tronco, no digo á sus ramas, á una hoja no más, á una hoja.

— ¡Oh, Agripina! — exclamó Vitelio aterrado, á pesar de su complexión, del aire amenazador que tomaba la implacable Agripina, cuyos resuellos de tigre le daban por toda la piel escalofríos de miedo.

— Yo escanciaré sin vacilación alguna el veneno en todos los vasos de mis enemigos, que se beberán á una la muerte sin pensarlo y sin saberlo.

— ¡No grites, Agripina! ¡Por los dioses, no grites!

— Yo me conservaré arriba, siquiera tenga que derribar abajo un millón de cadáveres.

— Domínate y repórtate.

— Conjuraré la magia de Acté con la magia de Locusta.

— ¡Qué nombre acabas de pronunciar!

— Un mágico nombre á otro mágico nombre opuesto.

— ¿En qué piensas?

— Pues pienso en que Locusta me ayude á libertarme de Acté, á libertarme de Narciso, á libertarme, si lo necesitara, de Claudio, porque no hay sino morir ó matar donde yo ahora me hallo con toda la tierra subvertida bajo mis pies y apestado el aire que respiro.

— Pero vamos por partes y no te ciegues ni te aturdas al vahido, que debe marearte, de tantas y tantas ideas inconexas como se arremolinan en tu cerebro.

— ¡Inconexas! Dales cualquier otro calificativo. Todas ellas aparecen á mis ojos enlazadas en una conexión muy rigurosa y sistemática.

— No lo dudo. Pero confiesa que la ira, despertada en tu pecho por la fuerza del golpe recibido en la sesión, donde pensabas que únicamente se oyese á Nerón, y además de Nerón hase oído también á Británico, sublevado contra ti, un poco te acaba de turbar; y expides las ideas en tropel, con aglomeraciones y confusiones impropias de tu reflexión y de tu método.

— Tienes razón; vamos por partes, Vitelio.

— ¿Qué te urge más de todo cuanto proyectas, Agripina?

— Pues lo más urgente para mí es casar á Nerón de súbito con Octavia, medio seguro de imponer á Claudio un testamento.

— Bien; vamos á eso.

— ¿Cómo?

— ¿Le has dado tus órdenes al hijo que siempre te obedeciera como un esclavo.

— Se las he dado.

— ¿Y cómo no se han cumplido?

— Todo estaba ya convenido y señalado, menós el día de la ceremonia; y cuantas veces quise fijarlo, encontré la resistencia más temible, la resistencia del silencio y de la inercia.

— Todo eso lo arreglaremos perfectamente.

— ¿De qué manera?

— De una manera muy fácil.
 — Di, habla.
 — Tú sabes que me llaman por ahí el ejecutor de tus justicias.
 — Te llaman así en el Senado.
 — Justo, desde que arranqué á los senadores el acta de dispensa para casarte con Claudio. Y del Senado ha corrido por todas partes. Nadie ignora como, el diputarme tú como embajador á cualquiera y no complacerme después de oirme, suele á una sentencia de muerte segurísima equivaler.

— Ya lo sé.

— Pues bien: ¿has usado con tu hijo ya todos los recursos de que dispones?

— Todos.

— ¿Crees inútil una orden tuya nueva?

— Inútil.

— ¿Crees de alguna eficacia la embajada mía?

— Créola.

— Sobre todo si me autorizas á emplear amenazas.

— Te autorizo.

— Vaya, dame una tablilla imperial sellada que ponga: «Vitelio te comunica mis órdenes. La emperatriz tu madre.»

— Tómala — dijo Agripina, accediendo á la proposición de Vitelio, cuando apenas acababa éste de anunciarla.

— Ya verás qué pronto se casa tu hijo, y de su casamiento puedes con facilidad partir á mayores y más altas empresas. Da por casado á Nerón.

Dirigióse Vitelio al cuarto de Nerón después de haber oído las órdenes de Agripina, y en efecto no dió con él. Viendo lo que durara la recepción de los embajadores así como su propio diálogo con la emperatriz, adivinó dónde se había encaminado el príncipe tras aquellas horas embargadísimas por ocupaciones tan graves. Indudablemente se había dirigido al jardín y al palacillo habitados por Acté, deseando un rato de solaz en que su espíritu, sobrecitado por los alardeos de su elocuencia y por los esfuerzos de su memoria, se pudiera esperezar un poco y reposarse descendiendo algunos escalones hacia el triste lado físico y animal de la vida. Esta joven, de quien se hallaba prendadísimo Nerón en aquellos

pasajeros instantes de su historia, parecíase á las gitanas en una movilidad tal de fisonomía, que á veces sobre las diosas rayaba en hermosura, capaz de obscurecer y eclipsar á la misma Helena, mientras que á veces afeábase á guisa y manera de una feroz bestia. Su traje, que tenía mucho de oriental, aumentaba con lo extraño del corte asiático la extrañeza moral despertada por la presencia de quien lo ceñía y llevaba. Túnica de numerosos pliegues, al cuerpo junta y pegada por correas toscas, la viste; una especie de casulla, que puede con facilidad subirse al rostro y esconderlo, cae sobre la túnica; un manto en forma de velo tupido la envuelve desde los pies á la cabeza; esposas de metal precioso abrazan así los puños como los tobillos; arracadas relucientes penden de sus orejas y añaden su metálico resplandor á la brillantez de aquellos profundos ojos asiáticos. Y como su fisonomía era extraña, como era extraño su traje, también lo era su alma. Sierva y parecía reina; hermosa de suyo y parecía de suyo también fea; su moral no se exentaba de tamaña contradicción, y era buena y mala en una sola pieza y con una sola personalidad. Lo que indudablemente la sobrepuso en el ánimo de Nerón á todas las mujeres fué aquella desinteresadísima pasión por el Emperador, ajena del todo á las condiciones dominantes y á las intrigas cortesanas entonces en uso. Nerón había encontrado sobrada gente alrededor suyo que buscara su corona y no su corazón, el poder de que disponía y no el amor que guardaba, la gloriosa resonancia de su nombre y no la dicha de su cariño, el influjo y no el afecto, para dejar de agradecer aquella singularidad extrañísima de una sierva, quien, apreciada en vil precio y suponiéndole tan sólo una pasión animal, quería en él, como hembra, simplemente al macho y no al cuasi divinizado y próximo César. Por eso, en cuanto quería descansar un poco de la fatiga y del combate diarios, aliviarse de la pesadumbre abrumadora con que grava toda dignidad los hombros de quien la sobrelleva y soporta, refugiábase en casa de Acté, cuyo amor prestaba con facilidad á su ánimo el indispensable olvido de las grandezas del mundo y de los resplandores del cetro. Un joven patricio le había cedido á Nerón el jardín y el palacio donde guardaba el príncipe aquella prenda querida de su alma. Con sumo conocimiento de la vida y con sumo arte para navegar entre sus escollos, la sierva sabía muy bien

que su amado no llegaba de modo alguno hasta su nivel, y guardábase la taimadísima de darle celos y mucho más de oponerse á su inevitable matrimonio. Sobradamente conocedora del mundo que habitaba y del hombre á cuyo servicio el destino la inscribiera, prefería su matrimonio con Octavia en aquellos momentos á cualquier otro matrimonio capaz de divertirle del culto profesado á la infeliz esclava, cuando amores como los de Nerón solamente podían durar lo que quisiera el capricho de su señor, según lo cual agradecíale cada visita como un inesperado favor nuevo en aquella nefasta suerte suya. Quien se había enloquecido por Acté al extremo de consagrarle temporadas enteras del amor suyo y excluir en largos períodos cualquier otro comercio y trato era Nerón, quien, para más obligarla, decía á solas cómo ante los dioses y ante la conciencia no quería ninguna esposa y mujer sino la puesta por el destino en las vías de su vida para juntar y confundir los dos extremos de las humanas estirpes y los dos polos de toda sociedad. Nerón, enamorado por propio impulso de la sierva oriental, y por propia repugnancia de la princesa romana separado, cuando sentía el fuego que aquélla ponía en sus venas y lo comparaba con el frío que ponía ésta, sublévase contra su matrimonio, que le imponía un amor obligatorio, necesitando el amor de tanta y tan íntima é interior espontaneidad. Así es que la resistencia tenaz, contra cuya oposición se había estrellado Agripina, provenía exclusivamente de su hijo, y no de la mujer con su hijo ligada por un amor ingenuo y sincerísimo. De consiguiente, nunca le decía sobre su proyecto Acté la menor palabra y nunca le demandaba el menor sacrificio de otras relaciones indispensables á un príncipe. Acté, como si estuviera en oriental harén, resignábase á las inevitables competencias. Así en aquel, como en todos los demás encuentros con la joven, holgábase con esa serenidad y esa perpetuidad en el amor parecidas á la serenidad y á la perpetuidad del tiempo claro y bueno en los hermosos climas orientales. Y como nunca le hablaba de otra cosa que de su amor Acté; como nunca le divertía del amor con pasión alguna que no fuera el amor mismo; como nunca deslizaba peticiones en los oídos del altísimo amador y nunca se iba por el intrincado laberinto de las intrigas, amábala Nerón de modo que, á sus años, podría llamarse aquél su primer amor. Ne

debe, pues, maravillarnos la conversación empeñada entre los dos amantes, al verse de nuevo, tras un intermedio mayor que los transcurridos entre anteriores entrevistas.

— Creí que no acabábamos nunca los dichosos discursos en mi natural impaciencia por venir á verte.

— Yo también estaba inquieta, siquier de sobra comprenda cuán difícil debe serte romper las ligaduras que te atan al trono y venir á este recatado nido.

— En el cual me siento César de tu corazón, y reino sobre los dominios inmensos de tu alma, y oigo la música de tu voz, y respiro el pebetero de tu aliento, y empeño coloquios de amor como nunca los ideara poeta ninguno, y asisto á un teatro de verdaderas y profundas emociones, y veo pasar por tus ojos fulgurantes las líneas y los colores del ideal vivo, y encuentro en tu cuerpo la mejor estatua, satisfaciendo al par mis afectos amorosos de joven y mis propensiones incontrastables de artista.

— Nerón, ¡cuántas ternezas me dices! ¡Y cómo las creo de verdaderas y de sentidas! Nada en el mundo podría obligarte á decir las, más que los dictados imperiosos del propio corazón y los impulsos verdaderamente soberanos de la voluntad propia.

— Créete que no quiero la corona del mundo si contigo no he de compartirla.

— Renuncia, dueño mío, á tal pensamiento, que me has comunicado mil veces en los largos coloquios nuestros; pensamiento imposible de realizar, dados tus imperiales timbres y mi humildísima condición. Jamás consentiría, ni la madre que te ha parido, ni el emperador que te mandará en testamento la corona, ni el filósofo que dirija tu educación é ilustre tu entendimiento, en cosa tan incomprensible como nuestra desigual unión.

— De mi madre no respondo, pues hartamente conoces el empeño suyo en casarme con Octavia y el furor suscitado por mis tenaces y calladas resistencias á sus continuos mandatos. De mi padre adoptivo, de Claudio, no hablemos: la voluntad suya está depositada en su mujer, mi madre. A Séneca lo defiende. Séneca sabe que no podría vivir yo sin amor, y Séneca cree que una pasión como la tuya purifica el alma y la endereza con impulsos óptimos á la virtud y al bien. Tan opuesto es á la realidad lo creído por ti respecto del